

de Carolina Coronado; pero, como los escritores nacen el día en que los conoce el público, Fernán, que no dió á luz sus novelas hasta muy tarde, es más joven que la poetisa de Almendralejo, y, mientras ésta pertenece de lleno al romanticismo, Fernán inicia el realismo español en la novela.

El libro del Padre Coloma es un tributo de cariño á la memoria de la que fué amiga y maestra para él; de la anciana venerada y admirada por el joven escritor que hacía sus primeras armas entonces. Con el atractivo que siempre posee la pluma del ilustre jesuita, está narrada la biografía de Cecilia Bohl de Faber, sus antecedentes de familia, y descrito el ambiente en que se desarrolló su talento y en que corrieron las horas de su larga existencia.

El Padre Coloma, no cabe dudar, ha sufrido intensamente la influencia de la manera peculiar de Fernán. Ciertas cualidades del estilo y ciertas maneras de considerar la vida y el mundo, que son, á la vez, cristianas y cultas socialmente, las ha recogido el discípulo, sin esfuerzo, porque hay evidente conformidad de almas, simpatías visibles, de éas que la historia literaria registra frecuentemente.

La derecha del pensamiento, el fin ejemplar y moralizador, la bondad y el buen humor, son condiciones que se destacan en la literatura de Fernán y en la de su biógrafo. Si algunas páginas más crueles de *Pequeñeces* pareciesen desmentir este aserto, recordemos otras páginas bravas de *La Gaviota* que, en un momento dado, alarmaron á los timoratos y les arrancaron protestas. Ni Fernán, ni el Padre Coloma, escriben siempre al agua de rosa: los que lo dicen, juzgan tal vez por una narración suelta ó un cuentecillo. El autor de *Pequeñeces* ha solido ser motejado, al contrario, de crudeza; como, á su hora, lo fué la novelista andaluza. Ni el uno ni el otro pueden, sin embargo, figurar entre los pesimistas; son sólo retratistas de unas costumbres que gracias á ellos quedan documentadas para la historia futura.

Las novelas de Fernán encierran mucho elemento autobiográfico, envuelto en ficción. *Clemencia* es la autora misma, la gente que la rodeó, su primer matrimonio, aquel episodio de la apuesta, en que un corazón es lo que se juega; la breve unión conyugal en que sólo hubo sufrimiento y que, con no menor rapidez que había sido tratada y realizada, desató la muerte. El abad de Villamaría, era el padre de Cecilia, y los consejos que daba á *Clemencia*, los mismos que salieron de los labios paternos. ¿Quién duda que todo esto, que sucedió, es acaso más real que *La taberna*, *Germinal* ó *Madama Bovary*? Hay que repetir, como el poeta:

*Le coeur humain de qui? Le coeur humain de quoi?
Quand le diable y serait, j'ai mon coeur humain, moi!*

En efecto, el autor que relata su propia vida, refiriendo sucesos de que fué protagonista, ó testigo ocular, ¿no es un realista sincero? Sin género de duda, Fernán incurre en digresiones, se aleja á veces del asunto, intercala párrafos que no reflejan lo vivido, sino las opiniones particulares de la autora; pero cuando narra su juventud, ó retrata á los que conoció, ó pinta los lugares y las gentes, arrancando de la rica cantera popular tipos bellos y enérgicos ¿se pide mayor dosis de verdad?

Como en las novelas del Padre Coloma, en las de Fernán han solido aplicarse nombres á los personajes. Así es que *Eilia*, *Clemencia*, *La Gaviota*, *Lágrimas*, *Un verano en Bornos*, aunque perdiesen todo otro interés, conservarían siempre el encanto de los retratos antiguos.

El nuevo libro del Padre Coloma correrá lo mismo que una novela, como corrió aquel *Jeromín* que dibujaba la figura de D. Juan de Austria, y como correrá la biografía de Cisneros que prepara el Padre. El don de la amenidad, la gracia sin pedantería, la sonrisa iluminando los rincones de la narración, un sentido apacible, natural y castizo del vivir, hacen que estos libros, leídos con placer por la gente machucha, lo sean, con mayor encanto aún, por la juventud, que apenas tiene, en España, quien para ella escriba y piense. Y, si bien se mira, juventud apenas la hay. Uno de los males de la raza es el paso sin transición de niños á hombres.

En Inglaterra, en los países del Norte, donde la adolescencia se prolonga más que aquí, existe una literatura más rica para muchachos y muchachas. Aquí, es embarazoso elegir lecturas para niñas menores de veinte años. En cuanto á los chicos, resuelven el problema leyendo lo primero que encuentran.

Los periódicos se ocupan mucho estos días de la enfermedad del insigne pensador y escritor Joaquín Costa. Esta enfermedad, por desgracia, es muy antigua; le ha sorprendido en pleno vigor, en lo mejor de su carrera intelectual; ha cortado su porvenir y no

empleo la palabra *porvenir* en el sentido arrivista que hoy se le da, sino en otro muy elevado, porque el porvenir de hombre como Costa, en las naciones, va estrechamente unido al de la nación misma. La enfermedad terrible, una mielitis, con atrofia muscular progresiva, no logró, sin embargo, dominar completamente las energías de un temperamento y una complejión privilegiada. Enfermo, sufriendo crueles dolores, Costa ha trabajado y ha escrito sin reposo. El mal ha respetado el vigoroso cerebro.

Cuando vi á Costa por primera vez, fué en una conferencia del Ateneo de Madrid. Hablaba de nuestro problema de Africa, por cierto. Me sorprendió justamente el aspecto de salud, de robustez, que le caracterizaba. Había realmente algo de leonino en su cara y en su torso ancho, recio, casi hercúleo. Aquel hombre no parecía nacido para la labor pacífica del bufete y del escritorio, sino para las luchas en campo abierto y con las armas en la mano. Se echaba de menos el uniforme, el caballo, la lanza; hasta la cota de mallas y el yelmo le hubiesen caído bien.

Su voz era varonil y timbrada, sus ojos llenos de fuego, su gesto, persuasivo, no por la insinuación, sino por el valiente arranque. Todo esto lo aniquiló un padecimiento de los más crueles, y cuyas causas no están definidas aún; un padecimiento que así acomete á los hombres gastados por los excesos, como á los que han trabajado con la inteligencia. ¡La mielitis! Años después, viniendo Costa á visitarme, la figura melancólica de Oscar Alving, el protagonista del aterrador drama de Ibsen, *Espectros*, cruzó ante mis ojos... Como él, Costa no podía apoyar los pies en el suelo; el suelo se negaba á darles asiento firme. Aquel andar, incierto, blando, aquel avance temeroso, eran los del desventurado héroe del drama; pero las causas no eran las mismas. Alving, al lado de la enfermedad, lleva el desenfreno de los apetitos, la herencia maldita de los desórdenes paternos. Costa llevaba su labor de intelectual, quizás la incompatibilidad del sedentarismo con el empuje de una organización que pedía ejercicio físico y aire puro no tasado para los amplios pulmones... Al sostenerle con mi brazo para que caminase sin riesgo por el encerrado piso, sentía infinita pena, viendo sujeto á tal achaque á persona tan por encima del vulgo, (aun incluyendo entre el vulgo á no pocos que pasan por notabilidades...) Y desde aquella ocasión en que recibí la grata y triste visita, no volví á ver al ilustre Costa. Supe que la enfermedad seguía su curso. Supe la retirada á Graus. Alguna vez me llegaron sus letras. Todavía el año pasado cruzamos correspondencia á propósito de la guerra de Melilla. Porque el lazo de simpatía que á Costa me unió, fué una gran intensidad de patriotismo. Podíamos diferir en los medios ó formas de demostrarlo y ejercitarlo; no podíamos en el sentimiento profundo, arraigado, que los dos cultivábamos y guardábamos en el alma.

Costa, más que un político, ha sido siempre un patriota. Su política fué brote de su patriotismo, exaltado por el desastre de 1898. Aquella fecha luctuosa abrió en él, como en mí, surco hondo. Entonces Costa habló de echar llaves al sepulcro del Cid, y yo escribí las frases «leyenda dorada y leyenda negra» que tanto curso han obtenido.

Lo mismo que Costa, he padecido lo que el llamó «rabioso afán de tener patria» y he mirado como accesorio lo demás. He aquí por qué un afecto, independiente de toda comunidad de ideas políticas ó sociales, me ha hecho recordar y respetar siempre al solitario de Graus, y me mueve á desear que logre alivio en su dolencia, la cual hubiese estado mejor empleada en tantos como no sienten hacia España devoción ni ternura. El espíritu de Costa, profundamente castizo, revelado en libros de sumo interés, debiera poder trasladarse á un cuerpo sano. ¡Quién poseyese la facultad de sanar á los que valen, de rescatar esas privilegiadas cabezas!

Como la de Costa permanece firme, en medio de la postración del organismo, me he enterado de que lee, en la cama, los diarios, y me ha causado impresión dolorosa que en ellos haya podido ver anunciados desenlaces fatales para su mal. La enfermedad de Costa es de las que engañan; su desarrollo, muy lento. Paralizado y en la cama, vivió largos años otro hombre muy notable, el insigne médico Pérez Costales, que acaba de morir en la Coruña. Es fácil que, con la primavera próxima ya, un alivio se inicie, y Costa pueda terminar la obra á que viene dedicándose, y que por ser suya, ha de contener páginas muy dignas de admiración. A la hora en que escribo estos renglones, alimento la esperanza de una mejoría en la salud de Costa. Si los anhelos de la amistad fuesen eficaces, el insigne aragonés llegaría á los cien años. Dios lo quiera.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Carolina Coronado había desaparecido mucho tiempo antes de morir. Su retiro y su expatriación voluntaria, eran causa de que rara vez sonase su nombre. Pertenecía á la generación romántica, en la cual brilló un momento al lado de su paisano y conciudadano Espronceda. Inmediatamente después del romanticismo, comenzó para la Coronado la penumbra, aun cuando siguiese escribiendo.

Cuando apareció en escena, allá por los años en que la poesía volaba y triunfaba, Carolina Coronado era muy bonita. El retrato que la representa en la florida edad de diez y ocho, merece inspirar á un pintor. No es menos atractivo, aunque ya la poetisa contase veintitantos, el que publicó *La risa* y la representa con el peinado en tirabuzones, el corpiño picudo y la falda de volantes, atavío tantas veces reproducido por el lápiz de Gavarni, en sus escenas parisieneses.

Yo no llegué nunca á conocer personalmente á Carolina Coronado. Alguna de las veces que fuí á Portugal, gustosa hubiese intentado saludarla, con el respeto que merecen la inspiración, la edad, los recuerdos y los grandes dolores. Me lo impidió una circunstancia. Al confiarme, años hace, la que era entonces reina regente, doña Cristina de Hapsburgo, la gestión de reunir ejemplares del trabajo y la labor femenina española para remitir á la Exposición de Filadelfia, procuré reunir libros de autoras españolas, y entre ellos incluí las poesías y varias obras en prosa de Carolina Coronado. La lista apareció en los diarios. Todo ello se hizo con premura, como suele hacerse aquí este género de diligencias. No había tiempo de consultar ni parecía necesario. Y la Coronado salió de su silencio y de su alejamiento del mundo, para enviar á *La Época* una carta censurando severamente mi conducta, al permitirme enviar sus libros á una Exposición Universal. No se quejaba de que se hubiese hecho sin su conocimiento, sino de que se hubiese hecho. La carta respiraba enojo. Era evidente que la ilustre poetisa se creía agraviada.

Yo tenía la conciencia de que, si hubiese omitido contar con su nombre, sería cuando debiera darse por sentida; yo tenía la conciencia de haber procedido bien y honradamente. Pero hay que respetar las ideas de las personas que han entrado en la ancianidad. En cuanto á saludarla en Mitra, resolví no intentarlo siquiera.

En Santiago de Galicia, hay otro recuerdo de la vida de Carolina Coronado. Un día, viviendo aún su marido, que la acompañaba, la poetisa extremeña fué á arrodillarse ante el Apóstol. Dicen que cumplan un voto, por la salud de una hija. Los dos esposos, tristes, vestidos severamente, llamaron la atención en el pueblo. No me ha sido posible fijar la fecha de este piadoso viaje.

Tampoco creo que esté bien estudiada la biografía sentimental de la Coronado. Aquel amor que la inspiró tan bellas estrofas, no es el mismo amor conyugal que la recluyó en Mitra, llorando á un muerto. El novio de la juventud también parece haber sido arrebatado tempranamente. Todo esto es vago, quizás aparezca quien lo estudie. Lo único cierto es que Carolina Coronado fué un poeta del amor, y quedan de ella algunas canciones que no morirán.

La pluma del Padre Coloma ha evocado, estos días, otra figura de mujer eminente en las letras. Fernán Caballero, si atendiésemos á la fecha de su nacimiento, pertenece á una generación anterior á la

Deb abunda y corte algo. E Que davia s si se le por las tos ejer dicias les ve; polvo; vista; contin jas, pa les ofra vales y y á me

Porc Madri tación nómica dustria efectisi de est más sc lismo, mosa.

Mie tal ép cío, la

Para contra de sus en una ma afe bán ó carnes los cal de su en el mir all

Y p

realme parte, contri much realm acepta se ha da, ni Yo he tamen conve morte puest do de su prc mund encon larios, de ap exige

De origin Madr ces di dario Madr por ll los de son ju surtid pieza Si en